

## ***¡Que la Eucaristía sea tu Misión!***

Homilía para la Ordenación al Sacerdocio del Padre Lalo Barragán en la Diócesis de Yakima, Viernes 23 de Mayo, 2014 en la Iglesia Católica Holy Family, Yakima Washington

*Isaías 61,1-3; Romanos 12,4-13; Juan 17,6, 14-19*

¡La paz esté con ustedes! *“Yo les he dado tu palabra,”* les dice Jesús a sus seguidores, *“y por eso los odia el mundo...”* Con alegría celebramos hoy la ordenación sacerdotal del Diácono Lalo Barragán. Pero que duro contraste que en una liturgia gozosa, la Iglesia seleccione un Evangelio tan fuerte para nuestra reflexión. *“Yo les he dado tu palabra, y por eso los odia el mundo, porque ellos no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo.”*

Los eruditos de la Escritura se refieren a esta sección del Evangelio de San Juan como la *“oración sacerdotal”* de Jesús. Estas palabras del Evangelio de San Juan son algunas de las últimas palabras de este Evangelio que Jesús pronunció poco antes de ser arrestado y posteriormente crucificado. ¿Porqué, entonces, un Evangelio tan exigente y duro para un evento tan alegre como la ordenación sacerdotal?

Precisamente porque las palabras de nuestro servicio sacerdotal de hoy se alinean a la Palabra sacerdotal de Jesús pronunciada antes de su muerte en la cruz. Tú – Lalo – ya sabes esto. No sólo conoces el terrible miedo que las familias y los amigos sufren por las deportaciones de los que no tienen documentos, sino que también conoces la forma en que la separación y la pérdida de los seres queridos pueden conducir a la soledad, la adicción, el abuso de drogas y la violencia doméstica. No sólo conoces la tensión que la falta de dinero puede poner en nuestras familias con trabajos de salario mínimo, sino que has visto los frutos amargos de la ira, discusiones, traiciones y resentimientos que surgen de la escasez de recursos financieros.

Tenemos un dicho en inglés, es un poco de humor negro. No estoy muy seguro de que se traduzca bien en español, pero dice así: *“Cuando el pastel se hace más pequeño, los modales en la mesa cambian”*.

Es precisamente en este contexto en el que caminamos cuando entramos en el único y eterno sacerdocio de Jesucristo. Actuando en su persona y sirviendo como su cabeza, ponemos todos los males y las injusticias del mundo, el derramamiento de sangre y el resentimiento junto con la patena del pan y el cáliz del vino, ofreciéndolos como sacrificio pacífico de reconciliación y salvación para nuestro pueblo.

En uno de mis pasajes favoritos del libro “Jesús de Nazaret” de nuestro Santo Padre jubilado, el Papa Benedicto Dieciséis, él escribe que el mundo en que Jesús predica no es muy diferente del mundo en que vivimos en la actualidad. Hoy, Siria está dividida por la guerra civil. En los tiempos de Jesús, Siria era una provincia conquistada por el Imperio Romano. Hoy, las tensiones son muy altas en Israel y Palestina con la constante amenaza de insurrección amenazando la paz mundial.

*“¿Qué fue lo que trajo Jesús al mundo acaso no fue la paz, la prosperidad universal, y un mejor mundo? ¿Qué trajo él?” pregunta nuestro Santo Padre jubilado. “La respuesta es muy simple: Él nos trajo a Dios. Él nos ha traído a un Dios que anteriormente dio a conocer su rostro poco a poco, primero a Abraham, luego a Moisés y a los Profetas, y después en la literatura de la Sabiduría... Jesús nos ha traído a Dios, y ahora conocemos su rostro, ahora podemos recurrir a él. Ahora conocemos el camino que nosotros, los seres humanos, debemos tomar en este mundo... fe, esperanza y amor. Él nos ha traído a Dios y sólo por la dureza de nuestros corazones es que pensamos que esto es muy poco.” (p.44)*

¿Es Dios muy poco para nosotros? Con esta visión analítica, nuestro Santo Padre jubilado nos lleva de regreso a este altar y a este sacrificio pacífico de Jesucristo en la Eucaristía. Como sacerdotes santos de Dios nosotros – en el nombre de Jesús – acercamos a nuestra gente a Dios. En los elementos más insignificantes del pan sin levadura y el vino de uva, decimos las mismas palabras de Jesús sobre estos elementos de modo que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo para nuestra gente.

Al hacerlo así proveemos el recordatorio más fuerte posible de que al centro de un mundo de “odio” y “dureza de corazón” Dios nunca es tan pequeño. Dios se acerca precisamente en nuestra pequeñez. Dios se acerca en nuestros momentos más oscuros, nuestras condiciones humanas más difíciles, especialmente cuando el pecado y el mal parecen tan exorbitantes y tentadores.

Como Dios nunca es tan pequeño, cuando celebramos la Eucaristía llevamos a nuestra gente todo lo que ellos necesitan para transformar el camino de sufrimientos y luchas en sus vidas, en camino real de una felicidad más profunda y más duradera que el mal o la injusticia del mundo nunca podrán vencer.

¡Por lo tanto, Lalo, al recibir las Órdenes Sagradas en el Sacerdocio de Jesucristo, permite que la oración sacerdotal de Jesús en este capítulo diecisiete del Evangelio de San Juan sea también tu oración! Trae todo lo que nuestra gente te presente – sus sufrimientos y también sus alegrías – a este altar de sacrificio. ¡Que la Eucaristía sea tu misión! De este modo descubrirás el honor inescrutable y la responsabilidad conferidos a ti de traer a nuestra gente la misma presencia de Dios. ¡La paz esté con ustedes!